

El valor del silencio

PILAR RAHOLA

LA VANGUARDIA, 2.11.08

Se necesitan dos años para aprender a hablar y sesenta para aprender a callar". Sin ninguna duda, en estos tiempos de palabra rápida y vocación ruidosa, la previsión de Ernest Hemingway, autor de la cita, se queda corta. Para aprender a callar necesitaríamos un par de vidas, y aun así dudo que superáramos la tentación. De hecho, si me permiten, la virtud idílica del silencio está sobrevalorada, no en vano lo que nos identifica como seres racionales es la capacidad de expresar, en palabras, nuestros pensamientos. Y, además, como se decía en su tiempo de la famosa Isabel Preysler, habría que preguntarse si algunos callan porque son sabios, o porque no tienen nada que decir. Sin embargo, esta idea universal del derecho a la palabra, que entronca directamente con los principios básicos de la libertad, ¿vale para todos por igual? Más aún, ¿se pueden defender los principios democráticos, restringiendo la libertad de expresión de algunas personas? En sentido general, ello parecería una *contradictio in terminis*, pero ya se sabe que toda norma adquiere su sentido más profundo cuando goza de alguna sólida excepción. El debate, pues, sobre las polémicas palabras de doña Sofía en el libro de Pilar Urbano no está, a mi parecer, en lo que ha dicho la Reina, sino en su derecho a expresarlo. ¿Puede la Corona, en tanto que institución que simboliza a un heterogéneo y complejo colectivo de personas, entrar en cuestiones sociales delicadas y muy polarizadas? Desde mi punto de vista, no se lo puede permitir en absoluto, y ello marca el craso error que, sorprendentemente, ha cometido.

Vayamos por partes. Primero, no se trata de proclamar la República, como algunos entusiastas hacen, al primer desliz real. El debate república-monarquía es de otra naturaleza, y sería deseable no abrirlo frívolamente con cualquier excusa mediática. No confundamos, pues, los planos. Aceptando las reglas de juego constitucionales, las palabras de la Reina quiebran esas mismas reglas que pretenden justificar su cargo, y de ahí la polémica suscitada. La monarquía es una anomalía en el sistema democrático, aunque sea legal, esté socialmente aceptada y disfrute de un amplio apoyo. En tanto que anomalía, goza de privilegios en unos campos que inevitablemente implican restricciones en otros. Si no podemos imputar a los Reyes penalmente, tampoco pueden ellos expresar pública y libremente sus ideas. Además, no puede olvidarse que la Corona es un sistema público de representación, pagado por todos los ciudadanos y que, por tanto, debe mantenerse ajeno a las tendencias ideológicas de la sociedad que representa. Desde esta perspectiva, la cuestión problemática no es el pensamiento de doña Sofía, que tiene todo el derecho a ser tradicionalista, conservadora y católica. ¿O es que vamos a rasgarnos las vestiduras porque una persona de 70 años, educada en el tradicionalismo, piense en los términos que ella lo hace? Hay una gran diferencia entre la conquista de los derechos civiles y el cambio de paradigma cultural de la sociedad. No. La cuestión problemática es que su mirada tradicionalista incide plenamente en cuestiones sociales candentes, sometidas al debate público, y lo hace desde el altísimo poder que representa. De la misma forma que no es lícito que los Reyes hagan propaganda de marcas comerciales, tampoco lo es que hagan propaganda de sus planteamientos ideológicos. Es puro Perogrullo de la monarquía constitucional. Porque, roto el equilibrio que teóricamente los sitúa por encima de la pelea terrenal, ¿de qué sirven? Hay una cuestión final, la ofensa. ¿Cómo puede molestarlea doña Sofía

que se cierren las calles por una manifestación gay y a la vez considerar normal que se haga por la boda de sus hijos, que, por cierto, también van en carroza? Las comparaciones entre unos reyes y el resto del mundanal son siempre odiosas, y por ello extremar la delicadeza en no herir sensibilidades parecería el abecé del manual monárquico. Sea como sea, este libro es un sueño para cualquier periodista y una pesadilla para la monarquía. Lo raro es que dieran luz verde desde la Casa Real. ¿Será cierto que hay en ella algún infiltrado republicano?